



1. Crisis urbana y derecho a la ciudad

Metamorfosis planetarias

Henri Lefebvre

Hace algunas décadas se tenía la impresión de que lo urbano —como suma de prácticas productivas y de experiencias históricas— sería portador de nuevos valores y de una civilización distinta. Estas esperanzas se difuminan al mismo tiempo que las últimas ilusiones de la modernidad. Ya no podría escribirse hoy, con lirismo y con esa especie de éxtasis modernista tan del gusto de Apollinaire:

*Noches de París ebrias de ginebra
Llameantes de electricidad
Los tranvías con fuegos verdes
Cantan su locura de máquinas
A lo largo de los rieles
(Apollinaire, Vía Láctea)*

La crítica de la ciudad moderna remite, tarde o temprano, a la crítica la vida cotidiana en el mundo actual. Pero en seguida aparecen en el balance algunas paradojas. La primera consiste en que cuanto más se extiende la ciudad, más se degradan las relaciones sociales. La ciudad ha conocido un crecimiento extraordinario en la mayor parte de los países desarrollados desde el final del siglo XIX, suscitando muchas esperanzas. Pero en realidad, la vida en la ciudad no ha dado lugar a relaciones sociales enteramente nuevas.

Ocurre como si la extensión de las antiguas ciudades y la constitución de nuevas sirviese de abrigo y de refugio a las relaciones de dependencia, de dominación, de exclusión y de explotación. En definitiva, el marco de la cotidianidad se ha modificado muy poco, los contenidos no han sido transformados. Y se podría llegar a decir que la situación de los habitantes de la ciudad se ha agravado, por un lado, con la extensión de las formas urbanas, por otro, con el estallido de las formas tradicionales de trabajo productivo. Una cosa va con la otra. La aparición de nuevas tecnologías conduce a otra organización de la producción y a otra organización del espacio urbano, interactuando una sobre la otra y agravándose recíprocamente más de lo que se mejoran entre sí.

Hubo una época en que el centro de las ciudades era activo y productivo, y por tanto popular. La ciudad existía sobre todo por su centro. La dislocación de esta forma urbana comenzó a finales del siglo XIX, abocando a la deportación de todo lo que la población tenía de activo y de productivo hacia barrios cada vez más lejanos. Podemos echar la culpa a la clase dominante; aunque habría que decir que ésta sólo ha utilizado con habilidad una tendencia de lo urbano y una exigencia de las relaciones de producción. ¿Era posible mantener fábricas e industrias contaminantes en el interior de las ciudades?

No obstante, la ganancia política para los dominadores es clara: el aburguesamiento de los centros urbanos, la sustitución de aquella centralidad productiva por un centro de decisión y de servicios. El centro urbano se convierte no sólo en lugar de consumo, sino también en valor de consumo.

Exportados, o más bien deportados, hacia los barrios, los productores retornan como turistas hacia el centro del que han sido desposeídos, expropiados. Se puede ver hoy día cómo las poblaciones periféricas se apoderan de los centros urbanos como lugares de ocio, de tiempo vacío y desocupado. El fenómeno urbano se ha modificado profundamente. El centro histórico ha desaparecido como tal. Sólo quedan, por una parte, centros de decisión y de poder, y por otra, espacios fácticos y artificiales. Es verdad que la ciudad persiste, pero en un aspecto museificado y espectacular. Lo urbano, concebido y vivido como práctica social, está en vía de deterioro, y tal vez de desaparición.

Se produce una dialéctica específica de las relaciones sociales, y ésta es la segunda paradoja: centros y periferia se suponen y se oponen. Este fenómeno, que tiene raíces lejanas y precedentes históricos célebres, se acentúa en nuestros días hasta el punto de extenderse al planeta entero, por ejemplo en las relaciones Norte-Sur. De ahí surge una cuestión crucial que desborda lo urbano. ¿Se trata de formas nuevas que surgen en todo el mundo y que se imponen a la ciudad? ¿O se trata, por el contrario, de un modelo urbano que se extiende poco a poco a escala mundial? Según una tercera hipótesis, asistimos a mutaciones, a lo largo de un período transitorio, durante el cual lo urbano y lo mundial se remodelan uno al otro y se perturban entre sí.

Continuemos con el balance crítico. A finales del siglo XIX, el conocimiento científico comenzó a ocuparse de la ciudad. La sociología urbana, como disciplina científica, se inauguró en Alemania, con Max Weber entre otros. Pero esta ciencia de la ciudad no ha cumplido sus promesas. Ha suscitado lo que hoy se llama el “urbanismo”, que se resume en consignas muy imperiosas para la creación arquitectónica y en informaciones muy vagas para las autoridades y los gestores. A pesar de algunos meritorios esfuerzos, el urbanismo no ha alcanza-

do el estatuto de un pensamiento sobre la ciudad. Y poco a poco se ha encogido, hasta convertirse en una especie de catecismo para tecnócratas.

¿Cómo y por qué tantas investigaciones y perspectivas no han llevado a la realización de una ciudad viva y habitable? Es fácil echar la culpa al capitalismo y al criterio de rentabilidad y de control social. Esta respuesta parece tanto más insuficiente por el hecho de que el mundo socialista conoce las mismas dificultades y los mismos fracasos en la materia. Por tanto, ¿no habría que interrogar y cuestionar el modo de pensamiento occidental? Después de tantos siglos, nuestro pensamiento sigue dependiendo de sus orígenes terrenos. No se ha hecho completamente ciudadano y sólo ha sabido producir una concepción estrechamente instrumentalista de lo urbano. Esta concepción domina desde los griegos y en ellos se basa su pensamiento. Para aquellos, la ciudad era un instrumento de organización política y militar. En la Edad Media se convirtió en un marco religioso para acceder más tarde, con la llegada de la burguesía industrial, al rango de instrumento de reproducción de la fuerza de trabajo. Hasta ahora, sólo los poetas han comprendido la ciudad como morada del Hombre. Así puede explicarse un hecho asombroso: sólo de forma lenta y tardía ha tomado conciencia el mundo socialista de la inmensidad de las cuestiones urbanas y de su carácter determinante para construir una sociedad nueva. Esta es otra paradoja.

Sin embargo, graves amenazas se ciernen sobre la ciudad en general y sobre cada ciudad en particular. Estas amenazas se agravan día a día. Las ciudades caen bajo la doble dependencia de la tecnocracia y de la burocracia, de las instituciones en una palabra. Pero lo institucional es el enemigo de la vida urbana, cuyo devenir paraliza. Las ciudades nuevas exhiben de forma demasiado visible las marcas de la tecnocracia, marcas indelebles que muestran la impotencia de todos los intentos de animación, ya sea por la innovación arquitectónica, por la información, por la animación cultural o la vida asociativa. Los ayuntamientos, como todo el mundo puede constatar, se organizan según el modelo estatal; reproducen en pequeño los hábitos de gestión y de dominación de la alta burocracia del Estado. Los habitantes de las ciudades ven menguar sus derechos teóricos de ciudadanos y la posibilidad de ejercerlos plenamente. Se habla mucho de decisiones y de poderes de decisión, pero de hecho estos poderes siguen en manos de las autoridades.

Otra amenaza: la planetarización de lo urbano. Durante el tercer milenio se extenderá al espacio entero, si nada viene a controlar este movimiento. Esta extensión mundial representa un gran riesgo de homogeneización del espacio y de desaparición de las diversidades. Ahora bien, la homogeneización va acompañada de una fragmentación. El espacio se divide en parcelas que se compran y se venden. Su precio depende de una jerarquía. De esta forma el espacio social, homogeneizándose, se fragmenta en espacios de trabajo, de ocio, de pro-

ducción material, de servicios diversos. En el curso de esta diferenciación, surge otra paradoja: las clases sociales se jerarquizan inscribiéndose en el espacio, lo cual ocurre en forma creciente y no de forma languideciente, como tantas veces se pretende. Pronto no quedará sobre la superficie de la Tierra más que islas de producción agrícola y desiertos de cemento. De ahí la importancia de las cuestiones ecológicas: es exacto afirmar que el marco de vida y la calidad del entorno alcanzan el rango de las urgencias y de la problemática política. Una vez que se acepta este análisis, las perspectivas y la acción se modifican en profundidad. Hay que restituir el lugar eminente de formas bien conocidas aunque un poco olvidadas, como la vida asociativa o la autogestión, que adoptan otro contenido aplicadas a lo urbano. La cuestión es saber si el movimiento social y político puede formularse y rearticularse sobre problemas puntuales y concretos que afectan a todas las dimensiones de la vida cotidiana.

A primera vista, la cotidianidad parece muy simple. Viene muy marcada por lo repetitivo. Pero el análisis descubre pronto la complejidad y las múltiples dimensiones: fisiológicas, biológicas, físicas, morales, sociales, estéticas, sexuales, etc. Ninguna de estas dimensiones está fijada de una vez por todas, y cada una de ellas puede ser objeto de múltiples reivindicaciones, porque la vida cotidiana constituye el lugar más atravesado por las contradicciones de la práctica social. Estas contradicciones se van descubriendo poco a poco. Por ejemplo, entre el juego y la seriedad, y también entre el uso y el intercambio, lo mercantil y lo gratuito, lo local y lo mundial, etc. En la ciudad, en particular, el juego y la seriedad se oponen y se mezclan; habitar, salir a la calle, comunicar y hablar, es a la vez serio y lúdico.

El ciudadano y el habitante de la ciudad han sido disociados. Ser ciudadano equivalía a residir largo tiempo en un territorio. Pero en la ciudad moderna, el habitante está en movimiento perpetuo; circula, se establece, pronto se cambia de lugar o quiere hacerlo. Además, en la gran ciudad moderna, las relaciones sociales tienden a hacerse internacionales. No sólo por los fenómenos migratorios sino también y sobre todo por la multiplicidad de medios técnicos de comunicación, por no hablar de la mundialización del saber. A partir de estos datos, ¿no habría que reformular los marcos de la ciudadanía? El habitante de la ciudad y el ciudadano deben reencontrarse, sin por ello confundirse.

El derecho a la ciudad implica nada menos que una concepción revolucionaria de la ciudadanía.

Henri Lefebvre fue Geógrafo, filósofo y sociólogo (1900-1991). Autor, entre otros, de *Derecho a la ciudad* (1968), *La producción del espacio* (1974) y *Crítica de la vida cotidiana* (tres tomos, 1947, 1962, 1981).

Traducción: VIENTO SUR